NÚMERO XI MAYO 7 DE 1899 AÑO I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)



Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

TEOSOFÍA

La palabra «Teosofía» empieza á hacer ruido en el mundo, y éste quiere saber lo que significa. La respuesta es facil de dar, pero es posible que no lo sea de comprender: LA TEOSOFÍA ES EL SABER POR EXCELENCIA.

Para darnos cuenta de esto es preciso no confundir lo que generalmente se ha convenido en llamar *saber*,—cosa puramente imaginaria,—con el *conocimiento real*. Lo que el hombre sabe por haberlo aprendido de otro, no es sino la opinión agena; no es el verdadero saber. Este no se dá si no lo adquiere cada uno por sí mismo.

Así, para presentar un ejemplo, todo el mundo sabe que UNO es UNO. No hay otra razón para que sea uno y no dos, sino porque es *uno*, ni más ni menos. Es una verdad evidente que los hombres no han inventado; es eterna y se impone fuera de duda á cualquiera que esté dotado de razón. Todo el mundo la vé, la sabe, sin que sea necesario recurrir al menor cálculo. Pero la razón humana no va mucho más léjos; el intelecto del hombre carece de las luces de la intuición para llegar á conocer toda la verdad y así se refugia en los brazos de la lógica y de la especulación cuando tiene necesidad de formarse una opinión sobre una verdad que le es ocultada. Esto se llama la ciencia. Se dice $6\times6=36$, porque cuando se hace 36 veces la adición de $1+1$ se llega al mismo resultado que haciendo 6 veces la adición $6+6$. Si la razón estuviese más desenvuelta en nosotros, sabríamos que $6\times6=36$, sin tener necesidad de preguntarnos porqué;—simplemente porque tendríamos suficiente razón para verlo y saberlo.

Hoy se cree que cuando se ha aprendido alguna cosa en la escuela se es abio; pero, como antes lo he dicho, todo cuanto el oído ha recibido de una

boca extraña constituye solamente una creencia, y muy pocas personas saben que 2 y 2 hacen 4 de otro modo que por haberlo aprendido allí.

Cuando se examina así lo que es el verdadero saber, uno se apercibe que toda nuestra ciencia y toda nuestra filosofía no son otra cosa que una creencia. En nuestro siglo no se quiere creer, se quiere saber. Se rechaza á la fé, y, al mismo tiempo, se cree todo sin comprender nada, siempre que sea afirmado por una autoridad científica, es decir, por un hombre al que le es dado saber por sí mismo.

Se *cree* que la Tierra es redonda; no se le *sabe* cuando no se es capaz de descubrir ese hecho por el poder de la propia inteligencia. Se le *cree*, por que los sabios dan pruebas que satisfacen la conclusión de que nuestro globo es esférico y no plano. Se cree saber que hay en el mundo un sitio llamado el Thibet, porque se ha aprendido en la geografia que tal sitio existe; no se sabe realmente sino cuando se ha estado allí; se le cree porque se piensa que si no fuese cierto no sería aceptado generalmente como una verdad. Hay personas que se llaman «teósofos« y que *creen* que hay *Mahatmas* (1) en el Thibet. No no lo saben pero lo creen porque lo han oído decir á Mme. Blavatsky y creen en el saber real de ésta. Si se les hiciese creer que Mme. Blavastky no decía siempre la verdad, dudarían de la existencia de aquéllos. Hay otras personas que creen en una judía, madre de un hombre que se llamaba Jesús, ó probablemente Jehoshua de Nazaret, que había permanecido virgen después de dar á luz un hijo; no lo saben, lo creen porque el Papa lo ha dicho y ellos creen en el saber del Papa. Si no fuese así, no creerían en la Inmaculada Concepcion. Si no se creyese en el saber de los sacerdotes, tal vez no se creería en la existencia de Dios; si no se creyese en el saber de los médicos que os dicen que es una buena cosa emponzoñar la sangre con la vacuna, no se creeria en la utilidad de la vacunación.

Vemos, pues, que nuestro siglo es un siglo de creencia y de superstición. Un «Teósofo» que cree en los Mahatmas simplemente por efecto de su creencia en Mme. Blavatsky no es menos supersticioso que un hombre que cree en la vacuna porque no duda de la infalibilidad de un doctor.

La ciencia nos dice: *creed!* y nos dá razones satisfactorias para creer la que no podemos veer. La religión nos dice también: *creed!* y no nos dá razones, porque, añade ella, eso está fuera de nuestro razonamiento. La Teosofía nos dice en cambio: *Veed* y *sabed!* Abrid los ojos y tratad de recibir lo más posible de esta luz de inteligencia espiritual que se llama la Razón, á fin de que viendo y sabiendo por vosotros mismos no tengais más necesi-

(1) Hombres más evolucionados espiritualmente que los demás.

dad del razonamiento, no tengais más necesidad de la lógica, ni de la especulación, ni de la autoridad de los hombres falibles y mortales. Cuando seais capaces de cojer á la verdad directamente, vereis lo que es la tierra que habitamos, apercibireis á los Mahatmas, comprendereis el misterio de la Concepción Inmaculada, pues sabreis que la diosa Naturaleza es la madre real del Dios del alma humana, que es una virgen eterna que, desde el principio del mundo, engendra á su hijo por la operación puramente interna del espíritu divino sin tener nada de común con un Dios externo.

Pero, ¿qué es preciso para llegar á ser un verdadero teósofo, es decir, para llegar á poseer esta razón que vé y coje las verdades espirituales que escapan á los ojos del cuerpo material? Tenemos yá algunas que todo el mundo percibe sin razonamiento; éstas son las verdades eternas. Si en vez de correr siempre detrás de nuevas ilusiones, se quisiese solo prestar un poco de atención á esas verdades y ensayar comprenderlas intelectualmente, se habría dado ya un gran paso.

La una, que todo el mundo admite, y de la cual pocas personas comprenden su grandeza es ésta: *Uno es Uno*, lo que quiere decir que el Universo es un solo *Omnia in Uno* (Todo en uno), ó, para usar el lenguaje de la Biblia, que no hay sino un solo Dios universal y que este Dios es el principio creador, productor y conservador en el cual todos tenemos nuestra vida y nuestro ser. No hay nada en el mundo sino Dios. Los antiguos Rosa-Cruces decian que todo cuanto existe es Dios, que no háy nada en el Cielo ó sobre la Tierra que no sea Dios; lo que significa que todas las formas y todas las fuerzas que conocemos no son sino manifestaciones diversas de un solo principio universal que toma aspectos diferentes. Si en las piedras y otras formas brutas no manifiesta inteligencia, es que esas formas no son organizadas para la manifestación de una inteligencia; si en los animales no manifiesta conciencia, es que éstos no tienen organización para esa manifestación. Él manifiesta su sabiduría en el alma del hombre cuando el hombre se ha hecho sabio.

Ese principio universal es la *causa* de todo lo que existe y se manifiesta por todas partes. En sus múltiples manifestaciones se le dá los nombres de vida, de voluntad, de éter, de espacio, de movimiento, de materia, de luz física ó espiritual, de calor, de electricidad, de magnetismo, etc., etc. Todas esas cosas, son *Dios*, no *Dioses*, pues esta palabra no debe traducir el principio en cuestión sino tomado en su absoluta perfección de sabiduría, de amor y de inteligencia, como cuando se dice: un hombre *divino*, es decir, no únicamente un santo, sino también un sabio, un adepto. (1)

(1) Lo mismo que Mahatma.

Si yo escribo esto, no es para hacerlo *creer,* sino para ayudar á encontrar el camino que lo hará veer y saber á cada uno por sí mismo. Lo que alguno sabe ó cree saber no puede ser más que una opinión y nada más para aquellos que no tienen el conocimiento directo del asunto; es por ese motivo que yo no me imajino que pueda enseñar cosa alguna que los demás no sepan ya. Digo simplemente lo que mi razón me enseña y corresponde á los otros preguntar á la suya si lo que digo es verdad ó nó.

Mi razón me dice,—y la lógica lo confirma,—que todo es *Uno,* y si todo es uno, lo que se llama *materia* y lo que se llama *fuerza* son una misma cosa en dos estados ó dos condiciones diferentes. Vemos que la materia está comparativamente en reposo y que la fuerza agita á la materia y podemos decir: Todo cuanto existe es la manifestación de un principio eterno bajo dos aspectos, el uno constituyendo la forma, el otro el movimiento. O bien, todo es producido por las vibraciones del principio eterno; cuando estas vibraciones son *progresivas,* se les llama *fuerza,* cuando son *estables* se les dá el nombre de *materia.*

Para asegurarnos de que ésta no es una aserción falsa, podemos examinar las relaciones que existen entre las fuerzas y las materias diferentes, y encontraremos que se puede transformar una fuerza en otra fuerza cambiando el número y la dirección de esas vibraciones. Se puede cambiar la fuerza en materia haciendo de una vibración progresiva una vibración estable, y hacer una fuerza de una materia transformando la vibración estable en vibración progresiva.

Por tejemplo, si se hace pasar el movimiento del éter de mil vibraciones por segundo á muchos billones, tendremos la luz en vez de tener el sonido. Podemos transformar el movimiento mecánico en calor, el calor en luz, la luz en electricidad, la electricidad en magnetismo, el magnetismo en afinidad química, y, en el cuerpo humano, todas esas fuerzas en otras más exaltadas.

El movimiento muscular de un paseo matinal se transforma en pensamientos más claros; la música produce en el alma emociones que á su turno dan nacimiento al movimiento corporal de la danza; la luz nos dá más alegría que la noche, el alimento que tomamos nos pone en estado de vivir y de pensar; el pensamiento refuerza á la voluntad; la voluntad guía al pensamiento; éste gobierna los movimientos musculares; aquella sin el pensamiento rige las funciones orgánicas instintivas, el movimiento produce emociones, las emociones de la actividad inteligente y *vice versa.*

Por todas partes hay una correlación de las fuerzas inconcientes y se puede cambiar la una en otra porque estas fuerzas no son más que vibraciones

diferentes de un solo éter que se manifiesta por el movimiento bajo formas diversas.

Se puede cambiar una fuerza en una materia, lo que tiene lugar á cada instante en el cuerpo humano así como en el mundo vegetal y animal, lo mismo que se puede cambiar una materia en una fuerza en ídénticas condiciones. Igualmente puede producirse estos efectos experimentalmente, y se encuentra numerosos ejemplos en la mística y en la alquimia, sujetos sobre los que no disponemos de tiempo para tratar.

Desde que todo es final y realmente *Uno*, vale mucho más hacer tender nuestros esfuerzos en el sentido de conocer á este *Uno*, llamado por nosotros el principio eterno, que estudiar solo los efectos que él engendra en el mundo visible. Este conocimiento del Principio eterno es lo que se llama la *Teosofía*.

¿Dónde se puede encontrar este conocimiento? Si se ejerce un poder, es porque se posee. No puede saberse lo que está fuera de nosotros; no se sabe sinó lo que está en nosotros mismos. Esto es verdad para los objetos exteriores como para las cosas interiores y eternas. Si vemos un árbol, el árbol no entra en nuestra conciencia: percibimos solamente la imágen que producen en ésta los rayos de la luz. Si oimos sonar una campana, la campana no entra tampoco en nuestra conciencia; son las vibraciones del éter que producen en ella el efecto de sonido.

Si abrazamos á una mujer, no es la mujer quien entra en nuestra conciencia, sino son las sensaciones bien conocidas producidas entre nosotros por esa circunstancia, que nos hacen creer que tenemos un objeto entre nuestros brazos, que es una mujer. Aquél que realmente quiere saber alguna cosa, no debe fiarse en la opinión de otro; es en su razón donde debe ir á procurarla. Si se quiere conocer á Dios, es inútil buscarlo en las iglesias, pues es en el fondo del corazón donde se encuentra. El único templo en el que reside Dios, el santuario de la sabiduría, de la verdad, del amor y de la inteligencia, es el alma encerrada en el cuerpo humano, y cuando tocamos el cuerpo de un hombre ó de una mujer, tocamos el cielo.

Nadie puede penetrar en el santuario del templo de otro, pero cada uno puede hacerlo en su propio santuario. Tratemos, pues, de obtener el poder de entrar en él; es entonces que seremos iniciados, que conoceremos á la Razon, á la Verdad y á Dios, y que seremos verdaderos teósofos.

FRANZ HARTMANN.
M, S. T.

LA LEY DE LA CAUSALIDAD

Así como en el mundo vemos cosas diferentes: el sol, la luna, las estrellas, la bóveda azul del cielo, las bandas de nubes que la cubren, montañas y planicies, hierbas, y bosques, cuadrúpedos en los campos, peces en las aguas, pájaros en los árboles, y percibimos la sucesión del día y de la noche,-del frío y del calor, de la lluvia y del buen tiempo,—sucesión que no se detiene y de la cual nadie ha visto el principio;—así también, si cerramos los ojos para separar el ambiente externo de nuestra atención y los volvemos dentro de nosotros mismos, constatamos que, desde la mañana á la noche, estamos agitados por sentimientos diversos que se suceden; experimentamos el placer y la pena, el amor y el ódio y todos los matices de esas maneras de existir.

Unas veces los deseos de la ambición arden en nosotros como grandes hogueras cuyas llamas quisieran devorarlo todo; otras, sentimos la profunda calma de la razón y la firmeza del querer, pareciéndose nuestra conciencia á esos bellos dias del invierno en que el cielo está límpido y es recorrido por el suave viento del norte.

Los estados cambian en nuestra conciencia como el agua que surge de una fuente, donde una nueva ola reemplaza sin cesar á la partida. El mundo interior no es, pues, menos variado, menos cambiante que el mundo exterior.

¿De dónde viene este flujo constante de fenómenos? ¿Por qué ese cambio contínuo de las cosas? El Buddhista responde á ello que eso resulta de la ley de causalidad. (1).

¿Qué ha enseñado Buddha, sobre esta ley?—Cinco cosas: 1° la naturaleza compleja de las causas; 2° la extensión infinita de su encadenamiento; 3° su expresión en tres palabras; 4° la expontaneidad de su formación; 5° su cualidad de ley natural.

Las causas son de naturaleza compleja. No hay un solo fenómeno que sea el resultado de una sola cosa; toda causa es un grupo de condiciones y ningún efecto puede aparecer sin que nuchas cosas concurran á su producción. Tomemos, por ejemplo, el fenómeno que llamamos el fuego. Hay quienes dicen que la leña que se quema es la causa de aquél, pero la leña

(1) La Ley del Karma.

sola no basta para producir la llama; para que esta aparezca, es necesario, además, el aire, el espacio, un soporte para la leña, la chispa ó la llama que la encienda, las condiciones que han servido para la formación de esta llama. Todo eso ha sido indispensable para que el fenómeno fuego haya hecho su aparición.

Una causa (conjunto de condiciones eficaces) es siempre un efecto, es decir, es producida por condiciones antecedentes, y, á su turno, produce consecuencias, sus efectos, que harán parte integrante de otras causas. Remontando la cadena de las causas, no podemos jamás llegar al fin, no podemos encontrar causa primera que no tenga antecedentes. La creencia en una causa primera viene de que se pierde de vista el principio fundamental de la Naturaleza; toda causa tiene por oríjen una causa anterior y no hay ninguna que no sea también un efecto.

Sin embargo, se dirá, nosotros podemos concebir una causa primera y, en el hecho, siempre los hombres la han concebido. Sí, pero la concepción de una causa primera es ella misma un efecto que tiene sus condiciones determinantes en la naturaleza de nuestra inteligencia. De la causa primera no conocemos otra cosa que su concepción; nadie la ha percibido, siendo esta concepción un efecto y de otro orden que las causas objetivas en el rango de las cuales la situamos ilusoriamente. De manera que, en el fondo, tal causa, pura concepción, es ella misma un efecto, de donde se sigue que no puede haber para nosotros causa primera.

La cadena de las causas se prolonga al infinito, de suerte que no podemos encontrar principio al universo. La noción del principio del universo es aún un efecto de la naturaleza de nuestro espíritu; tiene pues condiciones antecedentes y no corresponde á un principio real.

La ley de causalidad se formula así: No hay efecto que se vuelva una causa; no hay causa que no sea efecto.

El Buddhismo no admite ni principio ni fin para el universo el cual es un torbellino de fenómenos que jamás se detiene. El agua de los rios se evapora y forma nubes que se cambian en lluvia, volviendo así á la forma del agua. La ley de la causalidad es un círculo donde cada causa se convierte en efecto y cada efecto en causa.

Esa ley es contínua y para nuestra concepción está dividida en tres tiempos: pasado, presente y porvenir. Por pasado designamos la suma de antecedentes á las cosas presentes; por porvenir, la suma de consecuencias de las mismas cosas presentes. El presente es una forma nueva del pasado; el porvenir será una forma del presente; y pasado, presente y porvenir, están

en la concepción humana. Ellos resultan de que los séres concientes no abarcan á la vez toda la cadena de las causas,—ó mas bien no tienen conciencia de ocuparla, pues en realidad, la ocupan bajo la multiplicidad de las formas cuyo conjunto constituye el universo.

Para el *ser*, hay *siempre*, pero para la existencia consciente hay pasado, presente y porvenir. Todas las religiones humanas aplican mas ó menos la ley de causalidad á la conducta humana y proclaman que la dicha de la vida futura no puede ser sinó el resultado de la pureza de la vida presente.

Lo que caracteriza al Buddhismo, es que él no considera solamente la ley de causalidad como lazo del presente al porvenir, sino también como lazo del presente al pasado.

Lo mismo que la fisonomía de cada persona tiene rasgos particulares que distinguen á esta de todos sus compañeros de existencia, los hombres están diversificados por su saber, su talento, su fortuna, sus condiciones de nacimiento, y aquel que sabe ver lo que pasa al rededor de sí puede constatar que la educación y la experiencia son insuficientes para determinar esas condiciones en un individuo. Colocados estos en las mismas condiciones de educación y de experiencia, no por ello dejarán menos de alcanzar diversos grados de saber, de inteligencia y de riqueza.

Hay, pues, en la vida de un hombre, otros factores distintos de la educación y de la experiencia; comprendiéndose bajo estos dos términos el conjunto de las condiciones que han obrado durante la existencia de aquél, que han hecho su aparición en el curso de la misma existencia, que han entrado, en un momento cualquiera, en la constitución de su presente. ¿Dónde pueden estar esos otros factores de la vida de este hombre, sinó en el pasado? ¿Y, qué pueden ser ellos, sinó los efectos, hechos causas, de los actos de él mismo en su vida anterior á la presente?

Para que la vida de dos personas colocadas en las mismas condiciones de existencia sea diferente, es necesario que otras condiciones, viniendo de sus respectivas vidas pasadas, entren como factores en el producto, que es la vida presente. Los hombres viven actualmente por las consecuencias de su vida anterior; el medio actual y el ser sumergido en ese medio, son la resultante del pasado medio y de las relaciones que ha tenido ese ser con él.

No hay principio, ni fin, en la vida, sinó un incesante cambio en el cual a conciencia forma existencias particulares. En una cadena podemos percibir os eslabones que la componen, pero, la naturaleza de ella no está toda entera en esos eslabones; está también, y sobre todo, en su tensión, que es una

cosa contínua que no divide en segmentos la percepción de los anillos. La tensión es una, es el *sutratma* sobre el cual aparecen las existencias.

Examinad atentamente la conducta de los hombres y vereis que cada uno se conduce de una manera particular, aun cuando las circunstancias ambientes sean idénticas. Esa conducta es una série de causas que producirán diversos efectos. La vida futura hecha por la eficacia de esas causas será, pues, diferente para cada individuo, y dependerá, por consiguiente, de sus acciones en la vida presente.

Son, así, nuestras propias acciones las causas de nuestra felicidad ó de nuestra miseria. Vemos la dicha ó la desgracia, ó el placer y el sufrimiento diversamente repartidos entre los hombres, como vemos diferencias en la salud y en la fortuna entre los miembros de una misma familia. ¿De dónde puede ello venir, sinó de las causas generadas anteriormente?

En el universo no hay nadie más que nosotros mismos para recompensarnos ó castigarnos, y todas las condiciones de nuestras existencias futuras serán lo que nosotros las hagamos y lo que les haremos. Somos nosotros quienes fabricamos nuestro paraiso ó nuestro infierno; no hay Dios para gratificarnos con beatitudes celestiales ó para castigarnos con tormentos infernales, dependiendo la dicha de la vida futura nada más que de las acciones virtuosas de la vida presente. Nosotros mismos generamos las condiciones de nuestra existencia á lo largo de la cadena de la causalidad. El determinismo es un fatalismo para los que confunden las nociones del ser y de la existencia. El primero está bajo todas las existencias que no son sinó sus trajes; estas son condicionadas por la ley de causalidad; pero el ser no es condicionado, sinó que es, perpetuamente y en cada momento, causante, apto para añadir una nueva condición á las antecedentes, sin lo cual ningún cambio sería posible. Hay causación perpétua, y el ser, pudiendo hacer aparecer nuevas condiciones de existencia puede hacer desaparecer las antiguas. Si no fuese así, no habría que hablar de emancipación de aquellas condiciones, y tendríamos que girar eternamente en el mismo círculo de causalidad, repetir sin cambio alguno los mismos fenómenos, revivir á perpetuidad lo que ya se ha vivido.

La diferencia entre las nociones de ser ó de existencia está virtualmente contenida en el Buddhismo, pero no está generalmente allí expresada.

Los indios la saben, desde que dicen que Buddha ha vuelto á la tierra en la forma de Sankaracharya para explicar con mayor claridad su doctrina mal comprendida, y toda la enseñanza de ese sábio, quien completa al respecto

las nociones dadas por el Buddhismo, se dirigen á la distinción de aquellas ideas.

La ley de causalidad es la ley de la naturaleza,—en la existencia;—ella es independiente de la voluntad de Buddha y con mayor razón de la de los humanos ordinarios, en tanto que esta voluntad hace parte de los fenómenos de la existencia. Dicha ley existe de toda eternidad, sin principio y sin fin. Las cosas crecen, después declinan ó se desagregan, y esto por efecto de la fuerza interna en ellas, esencia de su naturaleza. Esa esencia de las cosas está siempre de acuerdo con la ley mencionada y es por ello, que aparece la inmensa cantidad de los fenómenos que constituyen el universo.

Lo que los Buddhistas llaman esencia de las cosas, es el ser, á la noción clara del cual no han llegado al mismo grado que Sankaracharya.

En el mundo en que vivimos, unos son pobres y desgraciados, otros son ricos y felices, y aquél continuará esa existencia variada durante las vidas que poseemos aún en él, sin que tengamos que quejarnos de nadie como siendo la causa de nuestra miseria, de la cual á nosotros mismos solamente es necesario que hagamos responsables. Nosotros nos recompensamos y castigamos en la vida presente y procederemos así en las vidas futuras, devolviéndonos, imparcial y fielmente, la ley de causalidad, lo que le dimos en depósito. Salud física, riqueza material, génio maravilloso, estupidez, sufrimientos atroces, todo esto está derramado en nuestra vida por esa ley que gobierna todo.

Para el Buddhismo, la ley de causalidad es la fuente de la moral. Sed buenos, justos, humanos, honestos, si deseais una vida futura que sea feliz. La deshonestidad, la crueldad, y la inhumanidad, darán, inevitablemente, nacimiento á sus frutos que vosotros recogereis más tarde.

SHAKOU SOYEN,
Sacerdote japonés—Interpretado por *Hemdji*.

LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO

De algún tiempo á esta parte se habla mucho de cuestiones que, hay que reconocerlo, estaban relegadas entre las peores fantasías del espíritu humano y á las que no se recordaba más que para señalarlas á la desconfianza ó al desprecio de las personas honradas.

La reacción que ha seguido á la usurpación ultra espiritualista de las religiones de dogmas despóticos y de milagros inexplicados, pero al mismo tiempo indiscutibles, la crítica apasionada del siglo diez y ocho atacando todo lo que contrariaba el buen sentido y la conciencia, las cóleras suscitadas legítimamente por la tiranía de las taumatúrgias perseguidoras, habían determinado una resistencia necesaria contra las especulaciones en las que el absurdo era el menor peligro y que servían de *instrumentum regni* á toda una horda de explotadores de la credulidad humana.

Las supersticiones y los crímenes cometidos para imponerlas á los que pensaban, por sí mismo habían mancillado el ideal: la razón humana, por un violento esfuerzo, reconquistó sus derechos, y, orgullosa de su liberación, derribó en bloc al viejo mundo.

Dada la sentencia, fué explicada por consideraciones de legítima cólera: los hijos de la Revolución se encargaron de ejecutarla y la ejecutaron con toda la plenitud de derechos de su independencia recobrada.

Por fin el pensamiento era libre, ya no había ningún dominio sistemáticamente cerrado al exámen, ya no había en ninguna puerta el Querub del Génesis, blandiendo su espada de fuego y gritando: Tù no iras más lejos.

El siglo diez y nueve se beneficiará en la historia de esta situación excepcional. Nacido de la noche, será la aurora. Tendrá la gloria de haber visto á Prometeo, libre de sus cadenas, lanzarse de nuevo á la conquista de la verdad, y si en su alegría no le es dado aclamar al triunfador que ha alcanzado su objeto, á lo menos lo habrá seguido en las primeras faces de la lucha, y le habrá suministrado las armas para los combates futuros.

En efecto, nunca será llevado más lejos que en nuestro tiempo el espíritu de la investigación correcta, la pasión proba de la esperiencia y del análisis. El positivismo ha impuesto silencio razonablemente á los soñadores y á los mentirosos: la ciencia, apoderándose del dominio de la experimentación pura, ha rechazado resueltamente todo lo que no le pertenecía, estorbando toda incursión en el campo llamado metafísico, declarado por un auto subsidiario al primero, impenetrable al conocimiento humano.

Ignoramus et ignorabimus, dice Du Bois Reymond, comentando sin precaución la frase del Esclesiastes: «No medites sobre una cosa que está muy por encima de tí!»

¿ Por qué?

¿Con qué derecho levantar así una barrera á la actividad humana? Con qué derecho se nos dice: Estudiareis esto, pero os prohibimos estudiar esto otro!

Así hablaban los perseguidores de otro tiempo; trazaban un círculo, y el

que intentaba franquearlo era considerado criminal. Es cierto que ahora no se quema, pero se ridiculiza; y aún á veces se trata de matar.

Sin embargo, ciertos hombres, en nombre de esa libertad de exámen conquistada por nuestros padres, se obtienen en trabajar, en marchar adelante, y á medida que dan un paso, las barreras imaginarias retroceden y cada día se señala por la conquista de un nuevo palmo de terreno.

La ciencia, y es esta la verdadera misión que le había sido legada por los siglos pasados, ha hecho precaverse á los pensadores contra las sugestiones seductoras de la imaginación; pero ha exagerado sus derechos, mostrándose tan intolerante como las religiones al englobar en una reprobación irreflexiva á los utopistas—quizás los sabios de mañana—y á los investigadores pacientes que descubrían horizontes cuya existencia ella se obstinaba en negar á pesar de todo.

Ella se opone formidablemente, usando de todas las armas morales que tiene á su alcance, al movimiento que, juzgado superficialmente, parece la expresión de una nueva reacción, provocada por la intolerancia de las Academias, sustituidas á las Iglesias, pero que, estudiada fuera de toda rutina y de todo prejuicio, corresponde á la ley ineludible del progreso intelectual de la humanidad.

¿Son locos, acaso, ó lo que sería más grave, renegados, todos esos hombres que habiendo consagrado su vida de la Libertad del pensamiento, se han dicho un día y han osado decir á los demás: «parece que á más de lo que se llama materia, en el sentido estrecho de la palabra, hay otra cosa»?

¿Han caído estos hombres, por una debilitación cerebral, de la incredulidad más implacable en la fé ciega y estúpida que ridiculizaban poco antes?

Esta cuestión, la primera que se plantea á los espíritus menos malevolentes, reposa sobre un primer error que conviene poner en claro.

Parece, y las preocupaciones corrientes mantienen esta confusión, que existen dos mundos completamente distintos, el mundo de la materia..... y el otro. Así, antes de los descubrimientos de la ciencia moderna, se separaban en dominios especiales los minerales, los vegetales y los animales. Cada uno de estos grupos tenía sus límites infranqueables, ningún lazo unía la piedra á la planta, el vegetal al animal. En seguida, de tres divisiones se establecieron dos, el mundo orgánico y el inorgánico.

¿Quién se atrevería hoy á sostener esta tésis? ¿Dónde empieza, dónde concluye el mundo orgánico? Los minerales viven, evolucionan y mueren, Marco Pilo lo ha probado; algunas plantas están tan próximas á los animales que las observaciones más minuciosas no pueden asignarles un lugar

definitivo en la escala de los seres. Es sabido, gracias á los trabajos de Darwin, de Huxley y de Haeckel, su genial continuador, que la Naturaleza es una unidad soberbia, conducida por la corriente de evolución que, madurando, por decirlo así, sus elementos en apariencia más brutos los vivifica y universaliza el trabajo de la semilla, de la germinación, de la florescencia, de la fructificación universales.

Sea, se dice, pero se ha llegado al límite. El hombre es la expresión más perfecta de esta evolución. Es á la vez el objeto y el límite. Cuando muere, la naturaleza ha cumplido su obra y no tiene más que volver atrás. Muerto el hombre, su cuerpo se disgrega, los elementos que lo constituían vuelven á la tierra, grande y eterno crisol de la evolución.

No obstante, esto es posible. Sin embargo, parece extraño que esta fuerza de la cual constatamos el movimiento se detenga así de golpe, choque como contra un muro en ese acto que se llama la muerte, y que la evolución concluya porque un animal, poco mejor organizado que los otros, haya vivido algunos años. Volvemos al génesis fantasista,—porque bien entendido, como lo han probado Fabre d'Olivet y Lacour, nunca el Génesis ha tenido el sentido ridículo y anticientífico que se le atribuye:—la Naturaleza, habiendo hecho al hombre, tal como lo conocemos, vé que eso es bueno y descansa. No sabe otra habilidad y la ejercita perpétuamente. El hombre es tan perfecto que en él se ha agotado toda la energía de la fuerza propulsiva de aquella. ¿No habrá en esto demasiada vanidad en nosotros?

Ahora, si usando de esta libertad de pensamiento que debemos á tantos perseguidos y mártires, álguien dice: «Lógicamente la evolución debe ser contínua, no solo volviendo á empezar, sinó también siguiendo su movimiento hacia adelante»; se compara el espiritualismo con la locura.

¿Pero cuál es el límite que separa lo que llamamos el mundo material de lo que se llamaría el mundo espiritual? Si la evolución continúa con los mismos elementos de los que ha dispuesto siempre, puede haber un cambio de estado. Durante muchos siglos la ciencia solo ha conocido los estados sólido, líquido y gaseoso y desde que Faraday ha descubierto el estado radiante y que Crookes ha presentado la hipótesis necesaria del protylo ¿no ha dado un paso gigante esta cuestión de la evolución extra-humana?

¡Entonces, se admitirá lo sobrenatural!

¡Oh! la lucha de las palabras! hacen más mal al progreso que las ideas. Para no sufrir el ridículo de un calificativo, los hombres se condenan al si-

lencio, llegando en muchos casos á renegar de sus más íntimas convicciones. ¡Haber sido materialista toda la vida y oirse llamar espiritualista!

Pues bien, no hay más límites entre lo material y lo espiritual, que entre el animal y el hombre. Ni más ni menos que entre lo natural y lo sobrenatural. Solo existen grados en la evolución, grados en el poder de percepción ó en la agudeza de los órganos. Material y espiritual no son más que expresiones que designan el grado de densidad de la substancia y los tímidos deberían meditar este pensamiento de Tyndall. «Si el espíritu humano, semejante al peregrino que suspira por su lejano hogar, quiere volverse hacia el misterio del cual ha salido,—por largo tiempo que haga tales tentativas, no solo sin intolerancia ni hipocrecía, sino conociendo claramente que es imposible alcanzar aquí la última palabra de la concepción,—entonces, contrariando todas las restricciones del materialismo, yo afirmaría que hay allí un campo para los más nobles esfuerzos de lo que, por oposición á nuestras facultades conocedoras, puede ser llamado las facultades creadoras del hombre.»

Axioma: lo sobrenatural no existe.

El milagro de ayer es la banalidad práctica de mañana.

¿La libertad de pensamiento implica la necesidad de negacion, á pesar de todo?

«La duda, decía Arago, es una prueba de modestia y rara vez ha sido perjudicial al progreso de las ciencias. No se podría decir lo mismo de la incredulidad. Quien, fuera de las matemáticas puras, pronuncie la palabra imposible, carece de prudencia...»

Y también quien pronuncia la palabra sobrenatural.

Lactancio proclamaba sobrenatural é incapaz la existencia de los antípodas, y San Agustín agregaba que en ningún caso podia ser cuestión de tierras habitadas.

Otro universo á más de la tierra no es posible, decia Aristóteles, el vacío no existe... solo en el hombre el corazón palpita... el lado izquierdo del corazón es más frío que el derecho... los hombres tienen más dientes que las mujeres...

Y durante muchos siglos fué prohibido discutir á Aristóteles.

Sin la intolerancia criminal, haría dos mil años que la ciencia, con Empédocles, habría estudiado el principio de la selección y de la supervivencia del más apto, proclamada en el siglo XIX por Darwin, que el Instituto de Francia puso en el index por esta herejía.

Copérnico tuvo tanto miedo de ser mofado, «el mismo lo confiesa», que

solo seis meses antes de su muerte se atrevió á publicar su sistema del mundo.

Pero, por qué ir tan lejos:

Ved en la Francia mística como Erdan trata á Hoené Wronski, el inventor de la Ley Suprema de la cual el famoso Lagrange había reconocido en plena Academia la admirable generalidad agregando que en esta ley todas las matemáticas modernas estaban contenidas. Hoy no hay un estudiante que no consulte su Wronsky.

La coalición contra el progreso es formidable.

A veces es el gobierno quien se erige en juez. En 1808, Fouché hacia recoger y destruir administrativamente la Filosofía de Ravarebonhi, en la cual un grupo de sabios, bajo el seudónimo de Nicolás Beuguet, exponía los principios del transformismo y de la herencia.

Otras veces son los «buenos colegas» que hacen el silencio en torno de una nueva experiencia: así sucedió á Jules Cloquet, que, desde 1832 hacía ante la Academia de medicina el relato de una operación, en la cual la sensibilidad había sido suprimida por el magnetismo.

Desde 1849, Burq constataba la influencia directa de los metales sobre el organismo humano. Fueron necesarios treinta años y la energía de Charcot, para que el hecho fuera oficialmente reconocido.

En 1878, el padre Didon protestaba violentamente contra los incrédulos que se habían atrevido, en la Exposición, á colocar, en la sección de Antropología comparada, los monos antropoides!

Hoy que la palabra «imposible» ha sido borrada del diccionario de las ciencias naturales, la intolerancia bate en lo sobrenatural, como si los mismos escépticos no hubiesen declarado imposibles el teléfono y el fonógrafo por sobrenaturales. ¡Quedará á Bonillard la gloria inmortal de haber pellizcado la nariz del operador que hacía funcionar el fonógrafo en la Academia, so pretexto de que debía ser ventrílocuo!

Lo sobrenatural es lo ignorado, es lo desconocido.

Es, sobre todo, lo que no se comprende.

¿No es sobrenatural que las orugas y las crisálidas, de las larvas de la *Tipula Oleracea*,—congeladas hasta el punto de parecerse á pequeños pedazos de hielo, revivan al primer deshielo; que rotíferos que han permanecido disecados bajo una masa de arena durante cuatro años, resuciten en la humedad? Parecía sobrenatural que lo orgánico saliera de lo inorgánico, y sin embargo el problema de los ácidos pertenecientes á los cuerpos grasos, de los aldehuydos y de los alcoholes, está resuelto.

¿El pánico de los hombres, y sobre todo de los animales, no es inexplicable?

¿Es natural hacerse enterrar y después de muchos meses salir de la tumba en perfecta salud? ¿Es natural ayunar durante un mes seguido? ¿Es natural, como los Arissaouas, comer vidrio, traspasarse con una espada, juglear con carbones ardientes?

¿Qué más sorprendente que el fenómeno de la audición coloreada, solo sensible, sinembargo, para una persona por cada ocho, como lo ha demostrado el profesor Sachs?

Teófilo Gautier decía que después de una absorción de haschisch, oía el ruido de los colores. Los sonidos le llegaban, verdes, azules, rojos ..

Está probado que el sonido desarrolla los colores de un cuadro. El ojo, ayudado por el sonido, distingue mejor los caracteres. Los adeptos de lo sobrenatural, «los locos», se proponen utilizar estos hechos en la terapéutica. El sonido, fuerza inexplotada,—¡se ha reido tanto del motor Keeley!—desenvuelve la facultad del gusto, mientras que disminuye la del tacto. La luz influencia igualmente el olfato, el gusto y el tacto.

Pero, vamos más lejos: es absolutamente sobrenatural—imposible pues,—que un sér humano viva dos vidas completamente distintas, cambiando totalmente de gustos y de caracteres, según que se encuentre en uno ú otro de esos estados, olvidando todo lo que ha pasado antes de la metamórfosis, pero no obstante, comportándose normalmente en las dos vidas y ocupándose de sus ordinarios quehaceres.

Este sér sobrenatural se llama Felida X... y ha sido observado durante largos años por el Dr. Azam (1).

Lo sobrenatural, es decir, lo inexplicable, nos rodea, nos oprime: se negará los presentimientos, se negará que mirando, en el teatro, á una persona se consigue hacerla mirar al lugar donde uno está? ¿Se negará que veinte veces en la calle, después de haber creído encontrar á un individuo y haberse apercibido del error, se la encuentra realmente algunos instantes después? ¿Se negará que muy á menudo se experimenta la sensación del «ya visto» en un sitio en que nunca se ha estado?

¡Coincidencias! Efectos de la casualidad! alucinaciones!

La respuesta es fácil y presenta la ventaja de dar pretexto á la pereza. Los locos creen que el menor rayo de luz ilumina un sendero desconocido y se aventuran en él sin hacer caso de las silvas con que se les sigue.

---

(1) Ver la *Revue Scientifique*, 1882-1883.

A su turno, ellos preguntan á sus contradictores si realmente creen que la «secreción» del cerebro es idéntica á las otras secreciones del cuerpo; si pueden afirmar que fuera de la materia conocida, no existen otros estados, aunque fuese en diluciones á la millonésima y á la cienmillonésima; si según ellos, la electricidad y el magnetismo no serían materia y dividida en millones de partes, y añaden siguiendo las reglas de la lógica más pura:

«¿Por qué el pensamiento, por qué la fuerza vital no serían una sublimación de la materia? El pensamiento, el gas, el mineral, ¿no serán manifestaciones análogas, en cantidades diferentes, sometidas á contingencias diversas? Decid, si quereis, que en sus diversos estados, la materia es más ó menos apreciable á nuestros sentidos, que algunos son inapreciables y estudiaremos entonces los sentidos que son nuestros instrumentos de experiencia y buscaremos si, desenvueltos sea por la naturaleza, sea por la selección, sea por el ejercicio, no llegan á percibir lo imperceptible y á seguir en su evolución á la materia hasta en sus sublimaciones más delicadas, á ver y á oir el pensamiento, y como según todo lo indica el esfuerzo de la naturaleza no se concluye cuando el ser humano se disgrega, á seguir todavía la evolución del resíduo psíquico.»

¡Y si estuviese probado ya, como lo está por constataciones experimentales, en el sentido más estrecho de la palabra, la existencia, la realidad de una evolución psíquica, que continúa la evolución animal; si estuviese demostrado por los testimonios más espléndidos que esta fuerza psíquica existe en nosotros, que ella se manifiesta y que, por consiguiente, en virtud de la ley de conservación de la energía, debe continuar su evolución aun después que los órganos materiales que ella anima durante la vida hayan sido desorganizados por la muerte!

¿Será posible que sabios, que hombres que se enorgullecen de escrutar audazmente los secretos de la naturaleza, retrocedan ante el problema tan netamente planteado, so pretexto de que se les podrá tachar de espiritualismo, de charlatanismo, de que se yo?

Cosa triste de decir; en esta vía, la Francia se ha dejado superar, pues en ninguna parte quizás las preocupaciones llamadas sociales han sido tan poderosas. Pero á pesar de haber titubeado tanto, nuestros sabios ganarán pronto el terreno perdido. Los trabajos de Liébeault, de Charcot, de Dumonpallier, de Bernheim, de Luys, de Bérillon y de tantos otros, nos pronostican la próxima revolución científica.

Revolución, sí, porque se trata de derribar esta absurda bastilla de la separación del dominio material y psíquico; es necesario conocer, proclamar los

derechos del investigador, hasta en las profundidades de lo desconocido, de lo apenas entrevisto; es necesario que sea estudiada en todas sus manifestaciones, por mágicas que parezcan, la fuerza existente que no es la fuerza material, pues está dotada de propiedades tan diferentes de las que nosotros conocemos, como lo son las propiedades de la electricidad de las de la palanca. Y como la electricidad y la palanca se completan y se ayudan mutuamente, la fuerza psíquica vendrá á dar un nuevo impulso, quizás decisivo á la vida terrestre.

La palabra mágica ha sido escrita más arriba.

La mágia es la utilización de las fuerzas desconocidas, desdeñadas ó no comprendidas. Desde hace muchos siglos la mágia lucha contra la intolerancia y la persecución; sin sus protestas, sin cesar renovadas á pesar de las hogueras, de las torturas y de los desprecios, ningún descubrimiento industrial, utilitario, se hubiese hecho.

Es á la mágia á quien son debidos todos los progresos de la física y la química.

La mágia siempre fué humanitaria y socialista. Siempre ha trabajado por el bienestar universal. Forzada á no entregar sus secretos sino uno por uno, ha conservado únicamente el de la fuerza psíquica. Pero es porque ella ha afirmado su existencia que la lógica de la idea ha impuesto la investigación á los verdaderos sabios.

De aquí cien años, se levantarán estatuas á Paracelso, á Guillermo Postel, á Cardan y á Mermer.... y se tendrá á menos el leer los libracos oficiales de hoy donde esos admirables psiquistas son tratados como vulgares alienados. Se lée al fin de la biografía de los más modestos, esta malhadada frase:

«Durante la mayor parte de su vida dió pruebas de facultades extraordinarias; por desgracia se dió al estudio de las ciencias ocultas....»

¡Y la ciencia luminosa no está formada sino con los despojos de la ciencia oculta!

JULIO LERMINA.

SONIDO, CALOR Y LUZ [1]

Está hoy científicamente comprobado que la diferencia entre estas diversas manifestaciones físicas, consiste únicamente en el número ó velocidad, en la fuerza ó en la forma de las vibraciones originadas en la materia. (Véase Crookes, Borderland, 1897, pág. 138). Las más lentas producen el sonido, el factor más importante en el ocultismo, (Doctrina Secreta, I, 306, 464, 555), pero los extremos de esta clase de vibraciones, aunque físicamente sean susceptibles de prueba, no son todavía perceptibles para nuestro oído y, por consiguiente, sólo son «sonidos que no pueden ser oídos»; siguen luego el calor y la electricidad, también divisibles en perceptibles y en imperceptibles para nuestros sentidos; y, por último, la luz y el calor, cuyos extremos de vibraciones producen para nosotros «luz y calor invisibles» seguidos por las manifestaciones especiales de los rayos X.

En la actualidad se están ideando muchos instrumentos para hacer experimentos con las vibraciones del sonido y con las formas que ellas crean; este estudio, iniciado hácia el fin del siglo pasado por el físico Chladni, fué proseguido más tarde y con mucho interés, por la señora Vatts-Hughes («Voice-Forms» y también el artículo del *Century Magazine,* Mayo 1891); pero sus métodos de análisis, han sido últimamente verificados y perfeccionados por el Dr. H. Holbrook Curtis, autor de «Voice Building and Tone Placing». (Appleton 1896), quien con nuevos procedimientos, logró fotografiar escalas completas de las figuras geométricas producidas por las voces de varios célebres cantantes. En el *Scientific American,* de Mayo 29 de 1897, pueden verse las sobrecitadas figuras, que revelan que, aunque la misma nota reproduzca siempre la misma forma típica, sin embargo resulta siempre indefinidamente modificada por la expresión y las cualidades características del cantante. Vemos así que, aunque todo Ego pueda modelar, á la par de cualquier otro, las ondas etéricas, no por eso deja de imprimir en ellas el carácter especial de su personalidad; una voz pura crea flores bellísimas mientras otra áspera ó cargada de malas intenciones sólo produce una forma apenas esbozada; todo esto nos facilita la observación de la analogía y de la concordancia que existe entre estas formas y las del pensamiento que, en el fondo, sólo son el resultado de vibraciones mentales.

(1) Traducido del italiano, de la obra «Corroboraciones científicas de la Teosofía».

Un instrumento inventado, hace poco, por el prof. Mc Kendrick y descrito en el *Practical Engineer*, registra gráficamente el número y la forma de las vibraciones producidas por los sonidos musicales y por las palabras, siendo probable que gracias á tal descubrimiento se encuentre un nuevo método de comunicación con el cerebro del sordo-mudo por medio de los nervios del tacto.

Debido al invento del prof. Mc Kendrick, queda prácticamente demostrada la verdad de lo dicho respecto á los idiomas en la Doctrina Secreta (I, 502, II, 198). Son ellos formados por sonidos, números y formas y nuestras palabras no son más que una sucesión de sonidos materiales musicales, más bien bajos, que varían de tono y de calidad, según la voz de quien habla y que conservan la característica de nuestros «números» y «figuras»; los seres que se hallan en otros planos más elevados de la naturaleza, sólo pueden ser alcanzados por diferentes octavas de los mismos sonidos que se manifiestan como formas y colores. De esto se originó la invención de los «mantras» y de los «hechizos», (Doctrina Secreta, I, 464), inconscientemente ilustrada por otro curioso instrumento invento de A. W. Rimington, llamado por el mismo «Órgano de colores» y destinado á producir música de colores.

Con tan ingenioso instrumento, se vé que toda nota musical corresponde á una determinada gradación de colores, lo que claramente demuestra la marcha paralela de las vibraciones del sonido y de las ondas sonoras.

El mismo inventor se espresa como un teosofista cuando dice: «Si nuestra vista alcanzára á distinguirlos, acaso encontraríamos que los colores del espectro invisible, se repiten á la par de los sonidos, en escalas sucesivas». Su órgano puede dar á sus oyentes, música en sonidos, en formas y en colores, puesto que cada nota produce un correspondiente relámpago de luz y una forma geométrica sobre una película á propósito preparada. Dichas formas pueden ser también proyectadas sobre un biombo, demostrando que la misma nota reproduce siempre el mismo dibujo.

El doctor Y. Mount Bleyer, de Nueva York, asistido por K. L. Dickson, ex esperimentador fotógrafo del laboratorio de Edison, ha sido el que dió el mayor desarrollo á semejante clase de estudio. El trabajo de estos dos sábios consiguió mejorar muchísimo el método de la señora Watts Hughes, y si antes se obtenían las formas geométricas de los sonidos sobre una superficie plana, ahora con el método de Bleyer, estas mismas formas pueden ser fotografiadas, tales como son producidas en el aire, por los colores, en el momento mismo en que éstos son obtenidos por un disco que

vibra al choque de las ondas sonoras, consiguiéndose así la reproducción de formas sólidas, perfectamente geométricas, mientras que las figuras de la señora Hughes solo eran una proyección plana. En realidad este invento no es más que una elaboración del fonógrafo, con la diferencia de que las vibraciones, en lugar de quedar impresas sobre la cera, vienen á ser tomadas bajo la forma de las figuras que producen. Lo que es digno de ser tomado en cuenta es que, las formas así obtenidas, representan objetos que nos son familiares. «Así, un motivo vivo y vibrante produce la figura de una serpiente en actitud de arrojarse. Otras veces las reproducciones se parecen á fotografías de flores muy hermosas y podíanse obtener interesantes dibujos aumentando estas formas y proyectándolas sobre un biombo». (M. Y. World, 9 de Abril 1897).

Las fotografías de las *vibraciones-formas*, están sacadas en razón de cien por cada segundo, lográndose de ese modo la reproducción de completas frases musicales: así, por ejemplo, el conocido trozo de música inglesa «Home Sweet Home», aparece como una vegetación submarina de maravillosa belleza, conjunto de escollos, aromas, orquídeas y otras plantas, entremezcladas á figuras las más raras y originales.»

Será esta la demostración visible de que «Dios geometriza siempre» y que todo lo que existe es el resultado material de vibraciones geométricas. También vemos que toda figura geométrica podría ser lanzada al espacio como forma sólida—los antiguos sólidos de Platón—cuyo estudio acaba de hacerse por algunos teósofos españoles. (1) Asi es que nuestras aseveraciones se van corroborando por todas partes, y no hay duda alguna que estos descubrimientos, que demuestran que H. P. B. (2) estaba en lo cierto cuando afirmaba que «el sonido, la forma ó número y el color, son la base de toda manifestación», (Doctrina Secreta I. 433) serán muy bien recibidos. Sin embargo, nuestros sábios, no parecen apercibirse todavía, de que están trabajando siguiendo el camino trazado por la Teosofía, así como demuestran que no comprenden bastante todo el alcance de sus descubrimientos.

A. MARQUES.

(1) Arturo Soria y Mata: «Origen y contribución al origen Poliédrico de las especies», Madrid 1894-1896 (véase *Lucifer*, XX 89).

(2) *Helena P. Blavatsky*,

¿ES POSIBLE LA CREACIÓN?

Uno se imagina generalmente, y sin razón, que Dios es una especie de sér antropomorfo, extracósmico, á quien todo es posible, hasta el milagro, y que deseando un buen día de su Eternidad poner fin á la soledad en que se encontraba *hizo salir de la nada* el Universo. Hasta se ha enseñado durante mucho tiempo que esta creación se había efectuado en seis dias, y que, á cada esfuerzo de la voluntad divina, una parte del mundo salía del Espacio, ya formada y desenvuelta. Habiendo probado los descubrimientos científicos que todo se forma lenta y progresivamente, por una evolución medida y precisa, y que, á más, nuestra pequeña Tierra —para no hablar de todo el Universo—cuenta centenares de millones de años de existencia desde que la «niebla» de fuego se condensó en la cáscara dura que nos soporta, se ha concluído cambiando la explicación y estableciendo que los «seis dias» significan «seis períodos». Un entusiasta profesor de Saint-Sulpice ha llegado á escribir: «La cronología bíblica flota indecisa, es á la ciencia á quien pertenece fijar la época de la aparición del hombre sobre la tierra.» ¡Estamos ya bastante léjos de los 4004 años solares—ó 4320 años lunares—que tanto se nos ha dicho ser la edad del mundo!

Es evidente que estas concesiones forzadas de un clan egoista, opuesto sin cesar al progreso, destructor feroz de los monumentos escritos ó esculturales destinados á transmitir á las generaciones futuras los anales grandiosos de las razas del pasado, no pueden detenerse en esto; es cierto también que después de haber adaptado —bien ó mal—la evolución darwiniana al órden bíblico de la creación, se seguirá asimilando, tan ortodoxamente como sea posible, las verdades científicas que no se puedan rechazar so pena de una rápida muerte doctrinal No está lejano el día—y ya para su mal el doctor Sepp ha hecho una tentativa al respecto—en que la raiz cíclica oculta 432 sea cogida por los piadosos (ó malignos) escritores, al acecho siempre de lo que pueda prolongar la vida de un decrépito cuerpo dogmático, y expuesta bombásticamente por pomposos conferenciantes ó por eruditos compiladores, como prueba de la autenticidad y de la veracidad de la Biblia!

¡Tanto mejor! Siempre la Verdad debe ser bienvenida, venga de donde venga. Producto de un robo no reconocido ó propiedad real de un adversario, poco importa. Ella es el patrimonio de la Humanidad, y no puede

ser robada; no hay adversarios en materia de Religión; todas las sectas son hermanas; todos los dogmas son hermanos; todas las iglesias son las hijas más ó menos luminosas de la Verdad única que se cierne sobre ellas como un sol espiritual. Nubes, debidas á la imperfección de nuestro desenvolvimiento, nos impiden distinguirla con claridad y la vemos entonces con las sombras que esas nubes le proyectan. Su luz es blanca, pero vista á través de vidrios de colores, toma los matices de estos.

Los vidrios de colores son los hombres. Todos reconocen una Verdad Unica, y todos, en su ignorancia, olvidan la acción del vidrio de que se sirven; por eso las querellas religiosas siempre han sido sangrientas y terribles.

El deber de todos—y el de los miembros de la Sociedad Teosófica en particular—es, primeramente, mostrar la causa de las divergencias humanas en materia de religión, de hacer resonar en todas partes el grito de Fraternidad y después ayudar á la difusión de la Verdad, esforzándose en disipar las nieblas egoistas que la ocultan y que originan la Ilusión Universal. A este respecto, se puede afirmar que uno de los errores más nefastos ha sido el dogma de la creación *ex nihilo,* es decir, la formación del Universo de la nada, bajo el impulso de la voluntad divina: por eso trataremos de mostrar aquí todo lo que tiene de absurdo.

¿Qué es, antes de todo, Dios? Es el Todo, lo Infinito, lo Perfecto, lo Absoluto. No se le puede entonces atribuir actos, pensamientos, voliciones humanas, finitas, imperfectas.

Por otra parte, la Nada es imposible. No se puede, en efecto, suponerla *en* Dios ó *fuera* de Él. No se la puede encontrar *en* Dios que es el *Sér* mismo y tampoco puede estar *fuera* de Él desde que es este lo Infinito.

La Divinidad Suprema no ha podido entonces sacar el Universo de la Nada, ni crear nada fuera de su Infinita Inmensidad.

Los que admiten la creación suponen necesariamente que Dios no era Infinito antes de crear, puesto qne ha podido agregar algo á su Inmensidad anterior, ó que no lo es más desde que la creación lo ha achicado para hacer lugar al Universo exterior.

Desde otro punto de vista, Dios, siendo la Perfección, no puede sentir Deseo. Desear es ser débil, esto es, imperfecto, y tener necesidad de la cosa deseada, y lo Infinito no tiene necesidades ni debilidades.

¡La Creación es un milagro, sostienen algunos espíritus atrasados! Nó! Dios no podría hacer milagros sin romper las *Leyes inmutables* de la Naturaleza, sin destruir el Universo por el trastorno que produciría la supresión de una sola de esas *Leyes*.

Querer quebrantar, aunque momentáneamente, esas Leyes, sería un sentimiento finito, incompatible con la inmutabilidad divina; un capricho indigno del más insignificante mortal y mucho más todavía de la Inflexible y rigurosa Justicia.

A más, siendo el Universo la expresión manifestada de lo Absoluto, un milagro sería su destrucción, su *descuartizamiento*, ha dicho Eliphas Levi.

Si, así mismo, á pesar de su absurdo, alguien quiere aferrarse al milagro, que nos diga por qué Dios, pudiendo hacer milagros, se ha detenido en tan hermosa senda, y no ha creado perfectos, desde el principio, á la Humanidad y á los Mundos.

¿Por qué ha creado inocentes animales destinados á ser eternamente torturados por un hombre cruel; por qué les ha rehusado la divina Inteligencia; por qué ha sancionado las matanzas cuotidianas de las carnicerías *permitiendo al hombre* (dicho por la Biblia) *el uso de la carne?*

¿Por qué no ha suprimido las fases dolorosas de la existencia, las miserias horribles, los crímenes sin nombre? ¿Por qué permanece tan desesperadamente sordo á las más ardientes súplicas de sus desgraciadas criaturas?

¿Es acaso malo ó impotente? Pero si no es la Bondad y el Poderío supremo, no es Dios! Es menester entonces renunciar, de buena ó mala gana, á la absurda creación.

Falta la cuestión del orígen del Mundo manifestado.

Si el Universo no puede existir *fuera* de Dios, es porque está *en* Dios. ¿Cómo conciliar ahora las cualidades, las cantidades, el más y el menos, el bien y el mal que encontramos en el mundo, con la Perfección de lo Absoluto emanador? En otros términos, ¿cómo un Universo relativo puede existir en lo Absoluto?

El Universo no es relativo é imperfecto más que *en apariencia*. Es *Infinito en su totalidad* aunque finito es sus partes; pero *las partes son el producto ilusorio de los contrastes*. En realidad, las partes no existen, no hay más que un Todo estrechamente solidario é Infinito como lo Absoluto del cual es un aspecto ilusorio en el Tiempo y en el Espacio.

La Vida es infinita; ella parece desarrollar progresivamente sus potencialidades gracias á la ilusión del tiempo, fruto también de los contrastes! El Universo manifestado no es más que una ilusión incesante *creada por el antagonismo de los opuestos*: Ilusión al punto de vista absoluto, *Realidad al punto de vista relativo*.

La ciencia oficial no sabe nada de la naturaleza íntima de este Universo

de apariencia mudable, y cuando ha agotado los límites de la materia, se encuentra al borde de un abismo insondable é infranqueable. En cuanto á la filosofía, no nos lleva sino al conocimiento intelectual —*teórico*—de una *Causa Primera* (creador, Demiurgo) y de la *Causa sin causa* (Absoluto). Sin entrar en las sutilidades metafísicas podemos considerar la Divinidad Universal bajo los dos aspectos: Absoluto y Manifestado (Relativo).

¿Cuál es el lazo misterioso que une la Manifestación á lo Absoluto?...

No podemos salir de lo Absoluto, y nuestro pasaje á través de estado ilusorio del Universo manifestado, *parece tener su causa en la necesidad de la adquisición de la conciencia propia.* Ahora bien, no puede existir ni objetividad, ni conocimiento, ni conciencia sin el contraste de los «pares de opuestos». Esta es la gran Fuerza, la *Maya*, que crea esta oposición Universal; es á Ella que es necesario vencer para franquear la Ilusión, porque el «Reino del Cielo solo se conquista con violencia», esto es, con esfuerzos sobrehumanos.

El Universo durará entonces *para nosotros* hasta el día en que hayamos adquirido completamente el propio conocimiento; veremos entonces que nosotros somos el Sér, lo Inmutable, lo Perfecto, lo Absoluto.

La Maya nos aparecerá como el Tentador y el Redentor; condición *sine qua non* del conocimiento.

La lógica nos conduce, pues, al Panteismo transcendental y nos muestra al Universo como un Relativo pasajero, una etapa necesaria á la Mónada para llegar á conocerse; una especie de *emanación* de la vida suprema y no una creación *ex nihilo*; —pero nosotros no realizaremos *esta deducción teórica* sino por la destrucción sucesiva de las envolturas que crean nuestras individualidades ficticias y de todos los velos que nos ocultan la omnipresente Unidad.

Esta destrucción se efectúa por pacientes esfuerzos hacia esta Unidad, es decir, por el Altruismo, por la frecuente interrogación de la parte profunda de nuestro Sér íntimo, y por la aspiración contínua hacia la Verdad; esta Verdad que tarde ó temprano debe «iluminar á todo hombre que viene á este mundo», que no está adherido á ninguna Escuela, á ninguna Secta, á ninguna Iglesia, hacia la cual todos los Dogmas pasados, presentes y futuros, deben convergir y en la cual finalmente deben abismarse.

Es difícil comprender por qué el catolicismo ha forjado explicaciones tan absurdas de los versículos bíblicos, y materializado tan tristemente todo lo que había de verdaderamente elevado en las concepciones generales de su Teodicea. Hijo del esoterismo platónico, el cristianismo es profundamente

verdadero, *si se le examina á la luz de la «Doctrina Secreta»*; pero ha sido tan mutilado, tan desfigurado; las generaciones eclesiásticas lo han sometido á un crisol tan materializador, lo han cristalizado en dogmas tan groseros, que todos los que piensan, que razonan, que se preocupan de la dignidad de Dios, han rehusado creerlo. Los depositarios de la verdad (?) cristiana han tapado la boca invariablemente á los recalcitrantes, respondiendo á las objeciones: «La Biblia es un libro revelado por Dios; es necesario creerla ciegamente, aun cuando parece absurda. Nada que venga de la boca de Dios puede ser falso; es, por lo tanto, innecesario discutir sus misterios.»

El mono de la fábula se había olvidado de encender la linterna mágica; los teólogos siempre se han olvidado de probar que la Biblia había sido dictada por Dios en persona!

Los Adeptos orientales han dado de la Revelación una definición y una explicación mucho más exacta, lógica y extensa. Las verdades que nos han enseñado, mínima porción del cuerpo de doctrina esotérica, son el patrimonio de los Dhyans Chohans, los Hermés, los Enochs, los Orfeos, los Cadmo, etc., espíritus planetarios venidos á la tierra en cuerpos mayávicos, (1) al principio de las razas (fin de la 3ª, principio de la 4ª y de la 5ª).

Estas doctrinas han sido—y son todavía—revisadas y controladas por no interrumpidas séries de videntes iniciados; quienes nunca han tenido la ingenuidad de afirmarnos que la Revelación, de la que son fieles guardianes, viene de Dios, lo Absoluto!

Tampoco han pensado nunca hacernos creer que los relatos de los *Libros sagrados* de todas las naciones—y de los *Vedas*—en particular—deben ser interpretados *al pie de la letra;*—nos aseguran, por el contrario, que todas las Escrituras—comprendida la Biblia—son alegorías de septuple significado y que, por consiguiente, son necesarias siete claves para su completa comprensión.

Ya es tiempo, pues, de recordar al número incalculable de escépticos—producto especial de la insuficiencia filosófica y sientífica de los *Dos Testamentos*—que la Verdad existe, orígen del trípode religioso, filosófico y científico; que hombres muy evolucionados (divinizados) están encargados de guardarla; que detrás de las alegorías, mitos y leyendas están las realidades; que la Biblia á pesar de todas las mutilaciones, interpolaciones y rectificaciones que ha sufrido, contiene todavía—si se razga su velo—más historia y filosofía que todo lo que han podido soñar los catedráticos modernos; que

(1) Ilusorios.

las diversas Religiones no son otra cosa que expresiones más ó menos imperfectas de la Religión Única; que el cristianismo, bastante elevado en los primeros siglos cuando tenía por lumbreras y guias á los Orígenes, á los Clemente de Alejandría, se ha convertido en el porta-estandarte de la ignorancia, de la superstición y del fanatismo porque, desde el siglo cuarto, sus representantes oficiales no han tenido inteligencia ó sinceridad; han olvidado que la Verdad era Una, que no podía ser monopolizada por una secta, ni confinada á un pueblo, ni oponerse á las nociones más vulgares de la razón y del sentido común.

Pero el Cristianismo, aunque desfigurado, desecado, momificado, puede vivir; la sangre puede circular de nuevo en sus venas paralizadas; su cerebro puede todavía iluminarse bajo la trasfusión mágica del esoterismo. La Verdad divina puede descender de las regiones serenas que habita y encarnarse en su cuerpo regenerado. Poco importa el nombre que lleve el resucitado: Hermetismo, Cristianismo ó Teosofia!

DR. PASCAL.

¿CIENCIA OCULTA Ó EXACTA? (1)

¡ECCE SIGNUM! Hé aqui el signo previsto para un porvenir más brillante; el problema llamado á ser la cuestión del siglo venidero, la pregunta que todo padre reflexivo y celoso se dirigirá á sí mismo respecto á la educación de sus hijos en el siglo xx. Diremos desde luego, que por «Ciencia Oculta» no queremos significar ni *la vida* de un *chela*, (2) ni las austeridades de un asceta, sino simplemente el estudio de lo único que es capaz de darnos la clave de los misterios de la Naturaleza y de revelarnos los problemas del Universo y del hombre psíco-físico -aun cuando no se sienta uno inclinado á profundizar más el asunto.

Cada nuevo descubrimiento llevado á cabo por la ciencia moderna, indica las verdades de la filosofía arcáica. No conoce el verdadero ocultista un solo problema cuya solución no sea capaz de dar la ciencia esotérica, si se

(1) Traducido del inglés para la Revista «Sophix».

(2) Palabra sanskrita (lit. niño) que significa discípulo. El discípulo de un Guru ó Sabio perteneciente a una escuela filosófica.

la estudia como es debido; mientras que las corporaciones científicas de Occidente no han podido hasta ahora llegar á la raíz de ningún fenómeno de las ciencias naturales, ni explicarlo en todos sus aspectos. Las ciencias exactas no pueden conseguirlo en este ciclo, por razones que más adelante daremos.

Y, sin embargo, el orgullo de la época actual que se revela contra la introducción de antiguas verdades en el dominio de la ciencia—especialmente cuando aquellas son transcendentales—se va haciendo cada vez más intolerante. Pronto lo verá el mundo alzarse hasta las nubes de la propia vanidad, cual Nueva Torre de Babel, para participar de la suerte que tocó al Monumento Bíblico.

En una obra reciente sobre antropología (1) se lee lo siguiente: «Al fin nos es dado *conocer* (¿) abarcar, manejar y medir las fuerzas con que Dios procedió, según se afirma. .. Hemos convertido la electricidad en correo, la luz en geómetra, la afinidad en jornalero», etc., etc. Estas palabras se encuentran en una obra francesa. El que está enterado de las perplejidades de las ciencias exactas y de los errores confesados diariamente por sus representantes, se siente inclinado, después de leído tan pomposo fárrago, á exclamar como aquel descontento de la Biblia: *Tradidit mundum ut non sciant.* Verdaderamente: «el mundo *les* fué entregado *á fin de que jamás lo conociesen*».

El hecho de que el gran Humbolt mismo haya expresado axiomas tan erróneos como este:

«¡La Ciencia empieza para el hombre, sólo cuando su inteligencia ha dominado la Materia» (1) indicará hasta donde llega la probabilidad del *éxito* para los sábios por ese camino. La palabra «espíritu» en vez de «materia», quizás hubiese expresado una verdad más grande. Pero, si el término «materia» hubiera sido sustituído por el de «espíritu», Mr. Renan no hubiese felicitado al venerable autor del *Kosmos* en los términos en que lo hizo.

Me propongo presentar algunos ejemplos para demostrar que el conocimiento de la materia sola, con las en otro tiempo fuerzas «impoderables»—sea cual fuere el significado que la Academia francesa y la Sociedad Real hayan atribuído al adjetivo, cuando fué inventado—no es suficiente para los objetos de la verdadera ciencia. Tampoco será suficiente jamás para explicar el fenómeno más sencillo, aun en la naturaleza física objetiva, sin contar los casos anormales que tanto interés inspiran actualmente á los fisiólogos y

(1) *Bulletin de la Societé d' Anthropologie,* 3 fasc., págs. 384.

(1) *Kosmos,* vol. I, págs, 3 y 76 (con las mismas ideas).

biólogos. Según expresó el Padre Secchi, el famoso astrónomo romano, en su obra, (2) «aunque sólo unas pocas de las *nuevas* fuerzas quedasen probadas, tendrían que admitir en su dominio, (el de las fuerzas) agentes de un *orden enteramente distinto* á los de la gravitación.»

« He leído bastante acerca del Ocultismo, y he estudiado los libros cabalísticos: ¡Jamás entendí una palabra de ellos!» Esta observación la hacía recientemente un experimentador versado en la «transmisión del pensamiento», «colores de los sonidos, y demás.

Es muy natural. Antes de poder deletrear y leer ó entender lo que se lee, preciso es estudiar el alfabeto.

Hace cuarenta años próximamente, conocí á una niña de siete ú ocho que inquietó muy seriamente á sus padres, diciendo:

—« Mamá mia, te quiero mucho. Eres buena y cariñosa conmigo hoy. Tus palabras son *enteramentes azules*».

—« ¿Qué quieres decir?»—preguntó la madre.

—« Tus palabras son todas azules, porque son muy cariñosas; pero cuando me regañas, *aparecen rojas*, pero ¡*tan rojas*! Aún es peor cuando te encolerizas contra papá, porque entonces son de color de naranja,.... horribles.... como esto . . .»

Y la niña señalaba al hogar en el que ardía un gran fuego.

La madre palideció.

Más adelante observaron que aquella niña sensitiva asociaba amenudo los colores con los sonidos. Las melodías que tocaba su madre al piano, producían en ella verdaderos éxtasis de placer; veía «arcos-iris tan hermosos», según explicaba; más cuando tocaba su tía, eran «fuegos artificiales y estrellas», «estrellas brillantes que *disparaban pistolas* y que después... estallaban . . .»

Los padres se asustaron y temieron que la niña padeciese de algún trastorno cerebral. Llamaron al médico de la familia.

« Exuberancia de imaginación infantil» —dijo el médico.

« Alucinaciones inocentes . . . . No la dejéis beber té y obligadla á jugar más con sus hermanitos, á pelear con ellos, á hacer ejercicios físicos .....» y se marchó.

En una gran ciudad rusa, situada á orillas del Volga, existe un hospital del que forma también parte un asilo para lunáticos. Allí estuvo una pobre mujer encerrada más de veinte años—hasta la hora de su muerte—como sujeto «inofensivo» aunque *demente*. No se encontraron en los registros más

(2) *Delle Forze*, etc.

pruebas de su demencia que el hecho de producirle las salpicaduras y el mur mullo de las ondas del río los «arcos-iris divinos» más hermosos; mientras que la voz del superintendente le hacía ver las cosas «negras y carmesí»—*los colores del Demonio.*

En aquella misma época, poco más ó menos, particularmente en 1840, se anunció en los periódicos franceses un caso parecido á dicho fenómeno.

En esos días, pensaban los médicos que un estado de sentimiento tan anormal, sólo podía atribuirse á una razón; cuando semejantes *impresiones* se experimentaban, sin que pudiesen atribuirse á una causa *determinada*, indicaban una mente desequilibrada, un cerebro débil, capaz de llegar á la demencia. Tal era el *decreto* de la ciencia.

La opinión de las personas piadosas, apoyada por las afirmaciones de los *curas* de aldea, se inclinaba en el sentido opuesto. El cerebro nada tenía que ver con la «obsesión», que era simplemente obra del Diablo; alguna malicia propia del tan calumniado y patihendido Pedro Botero, con sus relucientes cuernos. Desde el año 1840 los hombres de ciencia, así como las «buenas» y supersticiosas viejas, han tenido que modificar algún tanto sus opiniones.

Aun durante aquella época y antes que la onda del espiritismo producida por el caso «Rochester» se hubiese extendido sobre una parte considerable de la sociedad civilizada de Europa, quedó demostrado que por medio de varios narcóticos y drogas, podían producirse los mismos fenómenos. Algunos más atrevidos, que no temieron pasar por locos ni por cómplices del Diablo, hicieron experiencias, y públicamente declararon los resultados. Theophile Gautier, el célebre novelista francés, fué uno de ellos. Pocas serán las personas conocedoras de la literatura francesa de aquella época, que no hayan leído la preciosa historia referida por aquel autor, en la cual describe los sueños de uno que comía ópio.

Para analizar las *impresiones* desde el primer momento, tomó una gran dósis de *hashisch*. «Mi oido», escribe, «adquirió capacidades maravillosas: *oía la música de las flores*; los sonidos verdes, rojos y azules, penetraban en mi oído muy perceptiblemente, á manera de ondas de *aroma* y *color*. Un vaso al caer, el crujido de una silla, una palabra murmurada en tono bajísimo, vibraban y resonaban *dentro de mí* como truenos.»

Al más ligero contacto con los objetos—muebles, ó cuerpos humanos—oía prolongados sonidos, suspiros semejantes á las vibraciones melodiosas de una arpa eólica. (1)

(1) *La Presse*: Julio 10, 1840.

Los poderes de la imaginación humana son grandes sin duda; no cabe tam poco dudar que la alucinación y la ilusión pueden ser generadas, durante un período de duración mayor ó menor, en el cerebro humano más sano, bien sea natural ó artificialmente. Pero existen fenómenos naturales que no se hallan incluídos en esa clase «anormal»; y al fin se han impuesto forzosamente aun á los hombres de ciencia.

Los fenómenos del hipnotismo, de la trasmisión del pensamiento, de la provocación de los sentidos, fundiéndose, como sucede, unos en otros, y manifestando su existencia oculta en nuestro mundo fenomenal, consiguieron al fin llamar la atención de algunos sabios eminentes. Bajo la dirección del famoso doctor Charcot, del hospital de la Salpetrière en París, varios hombres de ciencia ilustres se han dedicado al estudio de los fenómenos en Francia, Rusia, Inglaterra, Alemania é Italia.

Durante más de quince años han estado experimentando, investigando, teorizando. ¿Cuál ha sido el resultado? La única explicación que dan á los que ansían conocer la naturaleza real é íntima de los fenómenos, con su causa y génesis productora, es que los *sensitivos* que los manifiestan son todos HISTÉRICOS! Nos dicen que son *psicópatas* (1) y *neurópatas*, (2) no existiendo, según ellos, otra causa alguna de las variedades infinitas de manifestaciones, que la que depende de un carácter puramente fisiológico.

¡Satisfactorio es esto para el presente, y grandes esperanzas nos promete en lo futuro!

La «alucinación histérica» está, pues, según parece, condenada á convertirse en el *alpha* y la *ómega* de todo fenómeno. Al mismo tiempo, la ciencia define la palabra «alucinación» como un «error de nuestros *sentidos*, de que participa nuestra *inteligencia*, á la cual ese mismo error se impone» (3).

Ahora bien; las *alucinaciones* objetivas de un sentido—la aparición de un «Cuerpo Astral», por ejemplo—no sólo son perceptibles por la *inteligencia* del sensitivo (ó del *medium*), sino que también participan de ellas los sentidos de las personas que se hallan presentes. Consiguientemente será natural deducir, que todos aquellos testigos son también *histéricos*.

Según se vé, el mundo corre el peligro de convertirse, para fines del siglo, en un inmenso asilo de lunáticos, y quedarán solo los sabios médicos formando la parte sana de la humanidad.

---

(1) Término griego compuesto, inventado por las Facultades rusas de Medicina.

(2) De la palabra *neurosis*.

(3) *Dictionaire Médical*.

Entre todos los problemas de la filosofía médica, la alucinación, al paso que vamos, parece el más difícil de resolución, el que presenta mayores obstáculos.

No podría ser de otro modo; pues es uno de los resultados misteriosos de nuestra doble naturaleza, el puente echado sobre el abismo que separa el mundo de la materia del mundo del espíritu. Sólo los que están resueltos á pasar á la otra orilla, pueden apreciar la alucinación y reconocer la causa de sus fenómenos. Sin duda alguna, una manifestación desconcierta por completo á todo aquel que por primera vez es testigo de ella.

Aun probando al materialista la facultad creadora, la *potencia* del espíritu humano; aun *naturalizando* ante el sacerdote el «milagro» y *supernaturalizando*, por decirlo así, los efectos más sencillos de las causas naturales; aun así y todo no puede ser aceptada la *alucinación* por lo que realmente es; y dificilmente podría imponerse su verdadero significado al materialista ó al creyente cristiano, pues tan categórico es el primero en su negación, como lo es el segundo en su afirmación.

«La alucinación», dice Brierre de Boismond, (1) es la reproducción del signo material de la idea.» Según se dice, la alucinación no respeta la edad ni el mérito; y si se ha de dar importancia á una experiencia fatal, «el médico que le prestase demasiada atención ó la estudiase durante un tiempo excesivo, y con *exajerada seriedad*, terminaría seguramente su carrera entre el número de sus clientes.»

Esto es una prueba más de que nunca se ha estudiado la «alucinación» con *excesiva seriedad*, pues la abnegación no es precisamente el rasgo característico de la época actual.

Pero si tan fácilmente se transmite su contagio, ¿por qué no ha de sernos permitido indicar con valor y sin respetos que los biólogos y fisiólogos de la escuela del Dr. Charcot, están también *alucinados* por la idea científica unilateral que atribuye semejantes alucinaciones fenomenales al *Histerismo*?

Sea como fuere, sin embargo, ya se trate de una *alucinación colectiva* de nuestras lumbreras médicas ó de la impotencia del pensamiento material, lo cierto es que el fenómeno más sencillo de los aceptados y comprobados por los hombres de ciencia en el año 1885, sigue tan sin explicación por lo que á ellos respecta, como lo estaba en 1840.

Aun admitiendo, en gracia del argumento, que algunos entre el vulgo, efecto de su gran veneración, que á menudo se convierte en *fetichismo* por la ciencia y la autoridad, acepten la sentencia de los sabios de que todo

(1) *Dictionaire Médical.*

fenómeno, toda manifestación «anormal», debe atribuirse á las extravagancias del *histerismo epiléptico*, ¿qué hará el resto del público? ¿Va á creer acaso que el lápiz de Monsieur Eglinton, que *se mueve espontáneamente*, obedece del mismo modo que su *medium* á una crisis epiléptica cuando aquél no lo toca? ¿Van á creer también que la declaraciones proféticas de los videntes, de los grandes apóstoles inspirados de todas las épocas y religiones, eran simplemente el resultado patológico del histerismo? ¿Pertenecen también los milagros de la Biblia, los de Pitágoras, los de Apolonio y otros á la misma especie de manifestaciones *anormales* que las alucinaciones de la Srta. Alphonsine, del Dr. Charcot, cuyas descripciones eróticas y poesías *son consecuencia de la dilatación de su intestino grueso por efectos de los gaces* (sic)? Semejante pretensión no prosperará probablemente. Ante todo, la «alucinación» misma, cuando es realmente el efecto de una causa fisiológica, tendría que ser explicada; *pero jamás lo ha sido.* Tomando al azar algunas de entre los centenares de definiciones hechas por médicos franceses eminentes (pues no tenemos á la mano la de los ingleses), ¿qué nos enseñan acerca de las alucinaciones? Hemos expuesto la definición del Dr. Bierre de Boismont, si es que puede dársela este nombre; veamos ahora unas cuantas más.

El Dr. Lelut llama á la «alucinación» «una locura *sensorial* y *perceptiva*»; El Dr. Chomil, «una ilusión común del *sensorium* (1); el Dr. Leuret», «una ilusión intermediaria entre la sensación y el concepto» (Fragmentos Psic.); el Dr. Michéa, «un delirio perceptivo (ilusión de los sentidos); el Dr. Calmeil, «una ilusion debida á una modificación defectuosa de la substancia nerviosa (de la *Locura*); volumen I) etc., etc.

Me temo que lo que antecede no ha de instruir gran cosa al mundo. Por mi parte, creo que los teosofistas procederán cuerdamente si se atienen á la antigua definición de las alucinaciones (teofanía) (2) y de la locura, definición formulada hace unos 2.000 años por Platón, Virgilio, Hipócrates, Galeno y las escuelas médicas y teológicas de la antigüedad.

Existen dos clases de locura: una producida por el cuerpo, y la otra enviada por *los Dioses.*

Cuando hace diez años próximamente fué escrita la obra *Isis sin Velo*, el objeto más importante que en ella nos proponiamos, era la demostración de los puntos siguientes:

(*a*) la realidad de lo *Oculto* en la naturaleza;

(1) Véase el *Diccionario de términos médicos.*

(2) Comunicación con los Dioses.

(*b*) su completo conocimiento por parte de ciertos hombres que ejercen dominio sobre tales ramos;

(*c*) que difícilmente existe en nuestros días ciencia ó arte alguno que no haya sido mencionado en los *Vedas*;

Y (*d*) que infinidad de cosas ignoradas por nosotros, los modernos sabios del siglo XIX, especialmente los místerios de la naturaleza, *in abscondito*, como los llamaban los alquimistas, eran conocidos por los Arios del período anterior al *Mahabharata*.

Nueva prueba de ello se nos estan dando ahora. Algunas de las investigaciones recientes llevadas á cabo en Francia por sabios *especialistas* (?) respecto á la confusión que hacen sus *neurópatas* y *psicomaniáticos* entre el color y el sonido, las *impresiones musicales* y las impresiones del *color*, ofrecen una nueva corroboración de lo afirmado.

Por primera vez, en Austria, el doctor Newbamer, en el año 1873, se ocupó de este fenómeno especial. Después empezó á ser objeto de serias investigaciones, en Alemania, por Blaver y Lepmann; en Italia por Vellardi, Bareggi y unos cuantos más; y por fin, muy recientemente, en Francia, por el doctor Pedronneau. Sin embargo, los datos más interesantes acerca de los fenómemos del *color-sonido*, pueden hallarse en *La Nature* (número 626, 1885, pág. 406 *et seq.*), en un artículo de A. de Rochas, quien los experimentó con un caballero á quien da el nombre de Mr. *N. R.*

Hé aquí un breve resumen de su experimento:

N. R. es un hombre que cuenta 57 años próximamente, *abogado* de profesión, vive en uno de los *faubourgs* de París, gran aficionado á las ciencias naturales que ha estudiado muy sériamente, amante de la música, si bien no es músico, gran viajero y lingüista notable. Jamás había leído *N. R.* cosa alguna tocante al fenómeno peculiar de que algunas personas asocien el sonido con el color, y al que él mismo estaba sujeto desde su niñez. Cualquier clase de sonido le sugería siempre la impresión de los colores. Así la articulación de las vocales producía en su cerebro los resultados siguientes:

La letra *A*, le parecía rojo obscuro; la *E*, blanco; la *I*, negro; la *O*, amarillo; la *U*, azul. Las vocales dobles *A i*, color castaño; *E i*, blanco gris; *E u*, azul claro; *O i*, amarillo sucio; *O u*, amarillento. Casi todas las consonantes tenían un tinte gris obscuro, mientras que una vocal, ó una vocal doble formando una sílaba con una consonante, daba á esta última su propio color. Así *ba*, *ca*, *da*, eran de color gris encarnado; *bi*, *ci di*, color de ceniza; *bo*, *co*, *do*, gris amarillo y así sucesivamente. Cuando la *S* terminaba una palabra y se

pronunciaba con silbido como en español «los campos» comunicaba á la sílaba que la precede un brillo metálico. De este modo el color de la palabra dependía del color de las letras que la componían, de manera que para *N. R.* el lenguaje humano aparecía en la forma de muchas cintas de colores ó veteadas que saliesen de las bocas de las personas, cuyos colores estaban determinados por aquellas vocales que en las frases se hallaban separadas unas de otras por las rayas grises de las consonantes.

A su vez los idiomas tenían un color común según las letras que cada uno predominasen. Por ejemplo, el alemán, que abunda en consonantes, le formaba en su conjunto la impresión de un musgo de color grís oscuro; el francés le aparecía como un gris muy mezclado de blanco; el inglés le parecía casi negro; el español tenía muchos colores, dominando el amarillo y el carmín; el italiano era amarillo, confundiéndose con carmín y negro, pero con tintas más armoniosas y delicadas que el español.

Una voz de tonos profundos hacia en *N. R.* la impresión de un color encarnado obscuro que gradualmente pasaba al de chocolate, mientras que una voz aguda y sonora le sugería el color azul; y una que estuviese entre estos dos extremos, cambiaba inmediatamente estos colores en amarillo muy claro.

Los sonidos de los instrumentos tenían también sus colores distintos especiales; el piano y la flauta le sugerían tintas azuladas; el violín negras, y la guitarra gris plateado, etc.

Los nombres de las notas musicales pronunciadas en alta voz, influían á *N. R.* del mismo modo que las palabras. Los colores de una voz que cantara con acompañamiento, dependían de la voz y de su compás y altura y del instrumento que se tocase.

Lo mismo le sucedía con los *números* que se pronunciaban; pero cuando se leían mentalmente, le reflejaban el color de la tinta con que estaban escritos ó impresos. Por tanto, la forma no tiene nada que ver con estos fenómenos de colores. Estas impresiones no tenían generalmente lugar fuera de él, sino que funcionaban, por decirlo así, en su cerebro; por otro lado vemos á otros sensitivos que presentan fenómenos mucho más curiosos que los de *N. R.*

Además del interesante capítulo de Galton sobre el asunto en sus *Investigaciones de las Facultades y Desarrollos humanos*, encontramos en el *London Medical Record*, á un sensitivo que describe de este modo sus impresiones: «Tan pronto como *oigo* los sonidos de una guitarra, *veo* cuerdas vibrantes envueltas en vapores de colores.» El piano le produce el mismo efecto: «imágenes de colores principian á flotar sobre las teclas». Uno de los sujetos del Dr. Pe-

dronneau en París (1), recibe siempre la impresión de los colores *fuera* de sí mismo. «Siempre que oigo —dice— un coro compuesto de varias voces, *siento* un gran número de puntos de color flotando sobre las cabezas de los cantantes. Los *siento*, pues mis ojos no reciben ninguna impresión definida; sin embargo, me veo obligado á *mirarlos*, y al *examinarlos* me siento perplejo, porque no puedo encontrar estos puntos de brillantes colores en donde *los miro*, ó más bien donde los *siento*.»

Hay otros sensitivos que sienten de una manera inversa, y en quienes los colores evocan inmediatamente los sonidos; y otros hay en quienes se produce un fenómeno triple por medio de un sentido especial que genera otros dos. Hay sensitivo que no puede oír una charanga sin sentir un «gusto de cobre» mientras tocan, á la vez que ve nubes de color dorado obscuro.

(*Continuará*). H. P. BLAVATSKY.

LO QUE PIENZA LA CABEZA DEL GUILLOTINADO

Hace algunos años fué llevada á cabo una curiosa experiencia de hipnotismo, relatada en el «Fígaro» de París, en la que fué protagonista el célebre pintor belga Wiertz, de quien Bruzelas ha conservado piadosamente la memoria en su *Museo Wiertz*. Hasta entonces, á nadie se había ocurrido sujerir á una persona la idea de que era guillotinada y de anotar escrupulosamente sus impresiones durante la ejecución.

Wiertz no era un adepto de las ciencias ocultas, y al decidirse á la experiencia que realizó, estaba movido por un sentimiento generoso: la cuestión de la lejitimidad de la pena de muerte le preocupaba, encontrándose penosamente obsesado por el deseo de penetrar los misterios del suplicio de la guillotina.

¿Será verdad que la ejecución no dura sino un instante? ¿Que piensa, qué siente el condenado en el momento en que la cuchilla fatal cae sobre su cabeza?

Estas cuestiones se habían fuertemente posesionado del espíritu del pintor, Wiertz estaba ligado por íntima amistad con el médico de la prisión de

(1) *Annale d'Oculístique*, Nov. y Dic. 1892—*Journal de Medicine de l'Ouest* 4.me trimestre de 1882.

Bruxelas, el Dr. M..... y con el doctor D..... que se ocupaba de hipnotismo hacía ya treinta años y quien había con frecuencia dormido al pintor en el que encontraba un admirable sujeto.

Con el consentimiento del médico, Wiertz obtuvo el favor de poder esconderse con su amigo el doctor D....., bajo la guillotina, en el sitio en que la cabeza del supliciado debía rodar sobre la canasta; y, para mejor llenar su rol, Wiertz se preparó de la manera siguiente: algunos dias antes de la ejecución, se hizo dormir, en muchas ocaciones, por el doctor. D...., quien le sujirió el que se identificase con diferentes personas, leyese sus pensamientos penetrase en sus almas y en sus conciencias, para experimentar los sentimientos que las ajitaban; misión delicada en la cual el pintor se desempeñó muy bien.

El día de la ejecución, diez minutos antes de la llegada del condenado, Wiertz, el doctor D.... y dos testigos, se colocaron debajo de la guillotina, cerca de la canasta pero de modo que el público no pudiese sospechar la presencia de ellos. El doctor D ..... durmió al primero y le sujirió que se identificase con el criminal, siguiese todos sus pensamientos, experimentase todas sus sensaciones y expresase en alta voz las reflexiones del condenado en el momento en que la cuchilla tocase su cuello. En fin, le ordenó, además, que, cuando la cabeza cayese en la canasta, tratase de penetrar en el cerebro para analizar sus últimos pensamientos.

Wiertz se durmió inmediatamente.

Los cuatro amigos comprenden al poco rato, por el ruido de pasos sobre sus cabezas, que el verdugo trae al condenado....Este sube sobre el cadalzo; un instante más, y la guillotina había cumplido su obra.

Wiertz manifiesta una turbación extrema y suplica que se le despierte, pues, la angustia que lo oprime es intolerable. Pero, es demasiado tarde... El cuchillo ha caído...

—¿Qué sientes? ¿Que veis? pregunta el médico.

Wiertz se retuerse en convulsiones y responde jimiendo:—¡Un relámpago! el rayo ha caído...¡Oh! horror! ¡Ella piensa! ¡Ella vé!

—¿Quién piensa? ¿Quién vé?

—¡La cabeza!... Ella sufre horriblemente. Siente, piensa, no comprende lo que ha pasado...Busca su cuerpo... Le parece que este vá á volvérsele á unir... Espera siempre el golpe supremo... Ella espera la muerte ... la muerte no llega!...

Mientras que Wiertz pronunciaba estas horribles palabras, los testigos apercibieron á la cabeza que caía en el saco, é iba á chocar con el fondo

de la canasta. Esa cabeza, con los cabellos, hacia abajo y el cuello sangriento hacia arriba, con la boca abierta, los dientes apretados, los miraba. Las arterias palpitaban aún en el sitio por donde la cuchilla había pasado, y una lluvia de sangre brotaba de allí, inundando la cara, los ojos y los cabellos.

Wiertz continuaba lamentándose.

¡Ah! ¿cuál es esta mano que me estrangula?... Una mano enorme, desapiadada... ¡Oh! ese peso que me aplasta...Delante de mis ojos no veo mas que una roja y gruesa nube...! Qué! no me libraré, de esta maldita mano? ... ¡Ah! déjame, mónstruo... Es en vano que me cuelgue de él con mis dos manos. ¿Pero, qué es lo que siento?...Una llaga abierta... Mi sangre que corre... Yo soy una cabeza cortada?...

No es sino después de estos largos sufrimientos que debieron parecerle una eternidad, que la cabeza del guillotinado tuvo conciencia de que se encontraba separada del cuerpo...

Habiéndose quedado Wiertz adormecido un rato, el doctor volvió á repetir sus preguntas.

—¿Qué veis? ¿Dónde estais?

—Yo vuelo en el espacio, respondió el pintor, como un trompo lanzado en el fuego...¿Pero, estoy muerto?...¿Todo ha concluído?...¿Si se me pegase de nuevo á mi cuerpo? ¡Oh, hombres, tened piedad de mí, devolvedme mi cuerpo! Yo viviría aun .. Yo pienso aun...Yo siento todavía ...Yo me acuerdo de todo...Veo á mis jueces envueltos en sus largas togas rojas...Entiendo mi condena... Mi desgraciada mujer! Mi pobre hijo. No, vosotros no me amais ya...Me abandonais...Si quisierais unirme á mi cuerpo, estaría de nuevo con vosotros... No, os rehusais á ello... A pesar de ello os amo, mis pobres queridos...dejadme abrazaros una vez más ...Qué, hijo mio, tú lanzas gritos despavoridos...¡Oh! desgraciado, yo te he cubierto las manos con mi sangre...¿Cuando habrá terminado esto...? ¿Terminado? ¿El criminal no está condenado á un eterno suplicio?

Cuando Wiertz pronunciaba estas últimas palabras, los asistentes creyeron notar que los ojos del guillotinado se abrieron cuan grandes eran, con una mirada en que iba impreso, á la vez, un indecible sufrimiento y una oración ardiente.

El pintor continuaba mientras tanto sus lamentaciones:

—¡No!.... no!... El sufrimiento no puede durar siempre.... Dios es misericordioso!... Todo cuanto pertenece á la tierra se desvanece ante mis ojos... Yo apercibo en lontananza una pequeña estrella que brilla con luz vivísima...

¡Oh! qué bien se está allá arriba!... Cómo siento la tranquilidad penetrar en todo mi ser... Qué buen sueño voy á hacer... ¡Ah! qué arrobamiento!

Estas fueron las últimas palabras del pintor quien aunque continuó dormido no respondía ya á las preguntas del médico.

El doctor D... se aproximó á la cabeza del guillotinado y le tocó la frente, las sienes y los dientes; todo estaba frío, la cabeza estaba muerta.

La experiencia siniestra del pintor belga ha sido contada con muchas variantes. M. Larelez dá una versión de ella en la biografía de aquél, y una colaboradora de las *Novosti* acaba de publicar otra. Por mi parte me he limitado á conservar lo que ambas narraciones tienen de más tocante. ¿Se encontrará un aficionado á las emociones fuertes para renovar la experiencia de Wertz?

Esto sería, en todo caso, una curiosidad más sana, y sobre todo más instructiva que aquella que amotina á la multitud alrededor de los patíbulos los días en que hay alguna ejecución capital.

Es poco probable que el pintor Wertz encuentre imitadores. Es mucho más penoso penetrar en la piel del guillotinado, que mirar tranquilamente á M. de París cortar con elegancia la carne palpitante.

MIGUEL DELINES.

EL MOVIMIENTO TEOSÓFICO

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

A pesar de la indiferencia,—más aparente que real,—con que en nuestro país se recibe todo aquello que no tenga por fin un resultado *positivo*, la causa de la Sociedad Teosófica, de la cual es «Philadelphia» el más humilde de los campeones, va cada día ganando más entre nosotros la atención del público que no piensa por cabeza ajena y adquiriendo nuevos prosélitos que con entusiasmo procuran hacer efectivos los propósitos que la sociedad persigue.

Son de ello prueba elocuente, por una parte, las manifestaciones espontáneas que constantemente recibe esta Revista en forma de nuevas suscriciones tanto más importantes y significativas cuanto que á nadie se solicita para ello, de acuerdo con una regla de conducta establecida por su Dirección;—hecho

aquél que nos ha movido á aumentar el número de páginas fijadas de antemano para responder, del único modo que no es posible, al interés que despiertan los trabajos que en «Philadelphia» ven la luz. Por otra parte, es inequívoca expresión de lo anteriormente indicado, la creación de nuevos Centros Teosóficos en la República.

Hasta hace poco tiempo solo existía en ella la Rama «Luz» que fué quien con laboriosa perseverancia sembró aquí la primer semilla y cultivó la tierna planta, fundando más tarde esta Revista; hoy acaban de constituirse, además, la Rama «Ananda» también en Buenos Aires y otra Rama en el Rosario de Santa Fé, ambas compuestas por personas estudiosas y amantes, por consiguiente, del progreso, las que tienen en las sanas y elevadas enseñanzas teosóficas ancho campo para las especulaciones de la mente, verdaderos estímulos para ejercitar la voluntad y medios eficaces para dar expansión á las nobles aspiraciones del corazón.

Al hacer constar esos signos del progreso de la Teosofía entre nosotros, «Philadelphia» expresa sus más sinceros votos por la prosperidad de los nuevos Centros establecidos, á los que, junto con su palabra de aliento, envía el éco de los fraternales sentimientos que la animan.

La Dirección.